

PENETRACIÓN CONGELADA

Juego a descubrir figuras humanas en las manchas de vapor. Es impresionante lo realistas que pueden ser. ¿Cuánto llevo? ¿Media, una hora en la ducha? Tengo un hambre de indigente, pero la flojera me atrapa. Me tiro al suelo y me abrazo las rodillas. Anoche me metí un ácido por primera vez en mi vida. Para nada. Fue como si no lo hubiera hecho porque recuerdo muy poco. Escribo mi nombre sobre las baldosas. No sé cómo llegué al apartamento. Habremos tomado un taxi. Creo que me dio por pontificar sobre la novela. Qué vergüenza. Dibujo una cara con rayas y puntos. Me sale torcida. El material de los *hippies* existe, pero a Romina le dije lo que le dije para impresionarla. El último de mis planes es dedicarme a escribir ahora que estoy libre de trabajo. Igual no importa, todos estaban tan drogados como yo. Seguramente están pensando en las estupideces que ellos mismos dijeron. Borro la cara de un manotazo y dejo de dibujar.

El teléfono suena. Debe ser Ernesto para hablar de anoche. Que espere. ¿Y si es Romina?... Si es Romina tengo que contestar. El primer impulso es el importante; si lo pierdo no va a haber manera de contactarla de nuevo. Si no contesto me toca llamarla, y eso me va a costar una bola.

El teléfono deja de repicar. Perdí la oportunidad. Ya pensaré en algo. La visitaré sin explicaciones, con la excusa de ir a ver a Doris,

y en lo que se descuide la invito a tomar café como quien no quiere la cosa. Luego le pido el carro y la casa de Club de Campo a Ricote para echarnos una encerrona de tres días.

Lo de tres días no es un capricho. Los necesito para funcionar bien. La primera vez acabo en dos minutos. Cuando entré en la universidad me pasó tantas veces que terminé en el psiquiatra de mi vieja. Medio sórdido eso de ir al doctor de tu mamá a tratarte una eyaculación precoz. Pero no fui por eso. Fui porque me habían pillado un pucho en el cuarto y verme con el doctor Borges era la única manera de calmar a los viejos. El doctor no le hizo caso a lo del monte, le pareció una cosa normal y, bueno, como ya estaba allí, aproveché para contarle. Total que me hizo una propuesta curiosa. Me habló de una terapia nueva en los Estados Unidos con especialistas que se acostaban contigo y te enseñaban a controlarte, como putas con doctorado. También me pasó un libro que explicaba el tratamiento para mi caso. Creo que nunca se lo devolví. El objetivo de la terapia era concentrarse en el placer propio antes que en el de la pareja. Lo otro era hacer del orgasmo una parte del acto sexual y no su razón de ser. Todo lo contrario a lo que yo hacía. La terapia tenía tres fases:

- A) Juegos de calentamiento
- B) Penetración congelada
- C) Acto sexual

Los juegos de calentamiento eran precisamente eso: jugar, hacerse cariños, al principio sin tocarse los genitales, luego más al punto, pero eso sí, sin llegar al orgasmo. La penetración congelada era de lo más peculiar: meter sin mover por el tiempo que se pueda. En fin, una terapia predecible pero, por lo menos en el papel, sensata.

Se me metió en la cabeza que me podía hacer la terapia yo mismo si conseguía con quién y recluté a Irma, una chica de la escuela que no era tan fea como para que me diera vergüenza ni estaba tan

buena como para que me la tomara en serio. La primera vez que nos acostamos le conté lo que me pasaba (no tuve más remedio) y le pedí que me ayudara. Se entusiasmó mucho porque estaba enamorada, supongo. La terapia la resolvimos en cosa de dos meses en el cuarto de sus viejos, que se la pasaban de viaje. Al poco me aburrí de ella, pero no me atrevía a dejarla por remordimiento. Un día descubrí que un ex novio la había llamado, un tal Hernando, y la confronté como si me estuviera muriendo de los celos. Irma me retó, con razón, y le respondí con una frialdad estudiada y cobarde. La cosa terminó en ruptura histérica. Hoy en día no nos hablamos.

Después de Irma funciono así: en el primer polvo acabo en cuestión de dos minutos. En el segundo, que tiene lugar de inmediato porque las chicas suelen estar excitadas, aguanto mucho más, como una persona normal, supongo. Si estoy bajo presión o me siento intimidado, también acabo relativamente rápido, pero aguanto por lo menos cinco minutos, que ya es decente para agarrar impulso para el tercero. El desempeño suele mejorar en la segunda sesión y normalizarse con la costumbre. Con Romina va a ser un desastre al principio, aunque si la distraigo y pongo en práctica ciertas técnicas, como la de cambiar de posición cuando esté a punto de venirme, quizás llegue con vida a la tercera ronda. Pero Romina llamó y ya perdí la oportunidad.

El teléfono vuelve a sonar y me dispara el corazón. Esta vez no aguanto, salgo de un tiro y dejo una estela de agua sobre el piso de madera oscura. Alcanzo el auricular al quinto repique. Persistente la Romina. Contesto con voz afectada:

—Aló.

—Alejandro.

—¿Mamá?

—Llevo todo el día llamándote.

—Es que desconecté el teléfono antes de acostarme porque estaba muy cansado.

—Cansado renunciando, ya me contó Pati. Hay que ver qué

loco estás. ¿Cómo vas a renunciar a ese trabajo con las cosas como están en este país?

—¿Qué te dijo Pati?

—Nada, lo que pasó, la verdad. Dios mío, Alejo, chico, tú no cambias. Ya eres un hombre hecho y derecho y te portas como un niño de cinco años. Dime: ¿qué le voy a decir a tu papá? Va a explotar.

—Pati es una exagerada y una chismosa. Desde que entré en la agencia se la pasa inventando cuentos. Acuérdate de la última vez.

—Pero ¿qué me vas a decir ahora? ¿Que no renunciaste? Por favor, Alejandro, yo no nací ayer.

—Es verdad que renuncié. Eso es verdad. Pero tenía mis razones.

—¿Por qué renunciaste?

—Porque me tenían hartos, mamá.

—¿Y quién se lo va a decir a tu papá?

—Pues seré yo quien se le diga, pero dame tiempo, ahora mismo estoy ocupado.

—¿Cuál tiempo? Si Pati lo sabe, Caracas lo sabe. Además, no me puedes pedir que le mienta a tu padre. Ven y le cuentas tú, por lo que más quieras.

—Okey, mamá, voy esta tarde y le cuento.

—¿Carmen Virginia lo sabe?

—No, no le he contado a mi hermana. No le he contado a nadie. A Carmen no le importa nada desde que se casó con el viejo ese.

—No hables así de Roberto, que es muy trabajador.

—Bueno, ese es otro tema, pero no te preocupes ni por Roberto ni por papá ni por mí, que salgo dentro de cinco minutos y me encargo de todo.

Lo peor de renunciar es la resaca. Tomar la decisión no es más que un atrevimiento, como tirarse de un trampolín alto. Luego te lanzas y todo pasa rapidísimo, pero si por mala suerte caes de costado el golpe arde, y cómo arde. Ahora tengo que correr e improvisar excusas para mi viejo como si tuviera quince años y me hubiera agarrado metiéndome perico. Pero, como dicen las madres del mundo, no

hay mal que por bien no venga. Resuelvo con él y le pido el carro a mamá para visitar a Romina. El primer impulso es el importante. Es ahora o nunca.

Soy la única persona que conozco que camina en Caracas. No lo hago voluntariamente. Choqué con mi carro hace seis meses, un Corolla del 85, siniestro total. Me quedé dormido una noche. Había oído muchas veces esa frase, «se quedó dormido». Lo que no sabía es que «se quedó dormido» es una manera de decir «estaba borracho y se quedó inconsciente». El hecho es que una mañana abrí los ojos y estaba dentro del carro, rodeado de cubitos de vidrio y ramas secas. Me había estrellado contra un árbol. Como estaba inconsciente cuando choqué no me asusté para nada, y eso que el carro quedó como un acordeón. Lo que sí tenía era una sed de Cristo en la cruz. El accidente fue un buen negocio. La aseguradora se comprometió a pagar el carro como si estuviera nuevo. Todavía no han sacado el cheque. Por fortuna mi vida transcurre entre el CCCT, Chacao y Los Palos Grandes, una de las pocas zonas de Caracas donde se puede caminar.

Ir de mi apartamento a casa de mis viejos cuesta menos de media hora a ritmo decente. Pasas la plaza La Castellana; te asomas por El León, a ver si hay alguien conocido para conversar, birra en mano; luego subes por la Luis Roche, que tiende a estar congestionada, y llegas a la séptima transversal. Esa es la parte que más cansa porque es en pendiente. Es impresionante la cantidad de antenas parabólicas que están instalando en las quintas de esta zona. A los zamuros les encanta encaramarse a ellas. Si sigues unas cuadras a la derecha llegas a la casa donde crecí, siempre tapada por la sombra del Ávila.

El Cadillac del viejo está estacionado. Es un mastodonte vino tinto que un cliente le dio como forma de pago. Del Valle abre la puerta con el chirrido del intercomunicador y me recibe con su uniforme amarillo claro de empleada doméstica. Del Valle siempre me recibe como si volviera de un largo viaje, aunque la veo por lo menos tres veces a la semana. Me dice que mi padre acaba de llegar,

que está en la biblioteca escuchando música. Se ha pasado la vida coleccionando acetatos de música clásica y ahora está enloquecido comprando compactos en Don Disco.

Suena una sonata de Mozart que nos ponía cuando éramos pequeños. Lo último que necesito es una pelea.

—Hijo mío, escucha esta gloria —me dice con la satisfacción de quien acaba de comprar un disco que le toca el alma.

—Qué buena grabación, papá.

—Es la 378 para violín y piano. El primer movimiento. Una gloria.

—La ponías mucho cuando éramos chiquitos. ¿Qué tal todo?

—Bien, muy bien, regresando del bufete, ¿y tú? ¿A qué debo el honor?

—Bueno. Han sido unos días intensos. Ayer renuncié.

—¿Cómo? —No apaga la música, sino que mueve el botón plateado y baja el volumen—. ¿Y eso? ¿Te metiste en un problema?

—No, para nada. En realidad fue una decisión un poco impulsiva. Mi carrera se estaba estancando y necesitaba un cambio radical.

—En eso estoy de acuerdo, pero no necesitas renunciar para cambiar las cosas. Eso es como un poco exagerado. No se renuncia hasta que no se tiene otro trabajo. Como decía San Ignacio: «En tiempo de tribulación, no hacer mudanza».

—Tú me conoces, papá. Yo no tengo ese tipo de paciencia.

—No la tienes y eso trae problemas. ¿Cómo se lo tomaron en Luchsinger?

—Bien, papá. Me pidieron que me quedara, pero al final aceptaron la realidad.

—¿Y qué piensas hacer?

—Por el momento descansar unos días. Pensar bien en el próximo paso.

—¿Y de dónde vas a sacar dinero? Mira que las cosas no están bien y, por lo que me dicen, se pueden poner peor. Parece que viene un paquete chileno.

–Tengo unos ahorros. Seguro consigo algo mejor en otra agencia.

–Ya. Alejo, te sorprenderás, pero en el fondo me contenta que hayas salido de allí. Ese ambiente es demasiado informal y no te veo avanzando. Desde Irma no has tenido una novia seria. Yo a tu edad ya estaba casado y había tenido a Carmen Virginia. Ahora lo importante es que aproveches el momento y de verdad echés para adelante.

–En esas estoy.

–Bueno, ahora que lo dices, he estado pensando algo. Tú sabes que a Tablante lo van a dejar en el ministerio. Si de verdad quieres un cambio, le podemos pedir que te consiga una beca.

–No sería mala idea.

–Voy a hablar con él a ver qué se puede conseguir.

–Gracias, papá.

–¿Tu mamá sabe que renunciaste?

–Sí, sí sabe.

–Con razón está escondida. Ve a hablar con ella, que debe estar angustiadísima. Y no te vayas a perder.

–Tranquilo. Ahora me sobra el tiempo. Por un rato, digo.

–Un momento, hijo. Hazme un favor. Tráeme el libro.

«El libro» es un volumen de una edición antigua de las obras completas de Baltasar Gracián, el correspondiente al *Oráculo manual y arte de prudencia*. Mi viejo lo usa para guardar dinero en efectivo como reconocimiento simbólico de la influencia de Gracián en su éxito económico. Cuando yo vivía aquí usaba el libro de caja chica (el viejo nunca se dio cuenta, o nunca quiso darse cuenta, o no le importaba que le robara).

–Aquí tienes unos reales para que no te quemes los ahorros. No los vayas a botar en fiestas. Y también quédate con el Oráculo por unos días. Trata de leerlo, que es un libro muy sabio. A mí me ha servido mucho en momentos difíciles. De verdad te puede ayudar a decidir lo que vas a hacer ahora.

Batalla ganada. Salgo con libro y dinero en efectivo en vez de pelea. El libro está lleno de billetes de quinientos. Puedo comprarle un castillo a Romina. Voy a llevármela a una habitación de un motel en Los Teques para echarnos una encerrona con champaña.

Subo a buscar a mamá. Está en la cama fumando un Astor rojo y viendo *Cuánto vale el show*, un concurso de talentos musicales. La televisión es lo que más le gusta en la vida. Me pregunta si he visto los zamuros.

—En *Despachos* pasaron un reportaje sobre una plaga de zamuros en Caracas. Parece que se comieron a un niño en un rancho.

—Eso es paja, mamá. Estás hablando de *Despachos*. Esa gente es capaz de inventar cualquier mariquera. Es que ni Del Valle se cree esa imbecilidad.

—Cuida el lenguaje, hijo. Santo Cristo. Mira, yo sí me he dado cuenta de que hay más zamuros de lo normal.

—Mamá, por favor, el zamuro debería ser el ave nacional, de tantos que hay.

—Ya, ya. Alejo, ¿por fin le contaste a tu papá que renunciaste?

—Sí mamá, vengo de eso. Cero problemas. Se quedó tranquilo. Pero oye, te vine a pedir el carro. Necesito hacer unas diligencias mañana temprano.

—Bueno, llévatelo, llévatelo, pero siempre y cuando me lo regreses mañana en la tarde. No me vayas a embarcar, que quedé con Carmen Virginia.

Segunda batalla ganada.

Bajo a la cocina, donde me espera Del Valle con un asado negro que me llena de fuerza. Está preocupada por la cantidad de cigarros que se fuma mi mamá y por tanto como trabaja el viejo. Me pide que los visite con más frecuencia. Seguro, después de Romina.